

EL TIEMPO ES UN DIBUJO

El tránsito de la homosexualidad a la gaycidad en la voz de los actores²

En este capítulo presentaremos seis relatos de vida a través de los cuales queremos saber, a partir del testimonio de seis personas, cómo historizan su biografía al interior del proceso de cambio que estamos presentando y, simultáneamente, cómo periodizan el mismo proceso de cambio.

Al final de cada entrevista solicitaba a cada uno de los entrevistados que, en una hoja en la que yo había trazado solamente una línea de tiempo, marcaran los períodos advertidos, precisaran su duración, le pusieran un nombre y, en paralelo, que asentaran dentro de cada uno los “acontecimientos” más importantes de sus biografías.

Es preciso aclarar que lo que vamos a leer no son “historias de vida”, sino “relatos de vida”. Ello quiere decir que lo que nos interesa son más los recursos semánticos con los que los actores reconstruyen desde el presente su vida y los distintos entornos que la circunvalaron, y menos la búsqueda del relato objetivo de una biografía que podría reconstruirse no solamente con los testimonios del actor sino también con otros elementos externos a su discurso que servirían de validadores de lo dicho.

Esta importante diferencia está bien resumida por el investigador Daniel Bertaux: *“Entre las nuevas formas de investigación sociológica que se desarrollan en todo el mundo, la que nos interesa aquí es la que recurre a los relatos de vida. Primero hay que precisar el vocabulario. La lengua inglesa dispone de dos palabras, relato (story) e historia (history). Tras un largo periodo de indecisión terminológica, el sociólogo norteamericano Norman K. Denzin (1970) propuso una distinción, que me parece debe ser retomada, entre life story (relato de vida) y life history (historia de vida). Con el primero de estos términos, designa la historia de una vida tal como la cuenta la persona que la ha vivido. Si muchos investigadores franceses emplean todavía el término de “historia de vida” a este efecto, parece preferible usar el término relato de vida, que*

¹ Sociólogo y Magíster en Investigación en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires. Profesor regular de grado y posgrado en la Universidad de Buenos Aires y la Universidad Nacional del Litoral.

² Este material corresponde al capítulo IV del libro MECCIA, Ernesto: “Los últimos homosexuales. Sociología de la homosexualidad y la gaycidad”, Buenos Aires, Gran Aldea Editores, 2011.

es mucho más preciso. En cuanto al término historia de vida, Denzin propone reservarlo para los estudios de casos sobre una persona determinada, incluyendo no sólo su propio relato de vida, sino también otras clases de documentos; por ejemplo, la historia clínica, el expediente judicial, los tests psicológicos, los testimonios de allegados, etc.” (Bertaux, 2007: 3)

El relato de vida puede emerger si el analista crea las condiciones. Justamente: si lo que interesa es el discurso en sí mismo como condensador y transfigurador de lo vivido, no pueden anteponerse en las entrevistas las categorías analíticas del investigador, ni mucho menos intentar “corregir” un testimonio.

No puedo dejar de notar que la última es la premisa metodológica de virtudes más declamadas y de más difícil cumplimiento en la situación concreta de la entrevista, a veces, por arrogancia interpretativa, otras, por falta de oficio, y, otras, debido a lo difícil del tema investigado.

Con esas directrices, he realizado una serie de entrevistas en profundidad en las que estuve muy atento a los conjuntos de asociaciones y al sistema metafórico correspondiente a cada uno de los períodos que iban emergiendo de los relatos de los entrevistados. Puedo decir que con ellos mantuve una relación de “acompañamiento”, en el sentido de que yo tomaba cada palabra de ellos que me parecía sintomática y la convertía en pregunta. Yo no preguntaba desde el inicio. No, no. Tal como expresara Rosana Guber (2004), tuve que “aprender a preguntar”.

El acompañamiento fue lo que me permitió lograr una categorización nativa de las visiones de la homosexualidad y la gaycidad que, una vez realizada, pude cotejar con la categorización “objetiva” que presenté en el capítulo anterior.

4.1. Los boliches y los saunas pueden ser muy importantes

Hay que verlo, es incomparable. Miguel Angel Antonio (49 años) es una persona muy alta, de andar pausado y mirada desafiante. El sabe toda la autoridad que emana de su figura y creo que probablemente esa conciencia lo lleva siempre a tratarme con diminutivos.

Apareció puntualmente en el bar para realizar la entrevista. Primero hablamos de su curso de inglés, del que recién llegaba. Luego me preguntó sobre la marcha del libro. Algo le comenté. Creo que debió haber advertido por mis gestos que estaba por comenzar la entrevista, porque súbitamente, antes de que dijera nada, dijo algo que me resonó como una severa aclaración:

“mirá: a mí nunca me hizo falta ir a un boliche o a un sauna para ser puto, pero pienso que para otras personas significó mucho”.

Sospecho que este encuadramiento inicial que Miguel le dio a la entrevista es muy significativo. Creo que son las palabras de una persona que siente que no es necesario afiliarse a las instituciones de la gaycidad (en su cosmovisión, los “boliches”) para dar rienda suelta a sus preferencias sexuales.

Como un capital contraste, cuando él se refería a su participación dentro de la experiencia homosexual (en particular, su frecuentación de los baños públicos) lo hacía como describiendo unas estrategias que utilizaba (junto a sus contemporáneos) en los años 70 y 80 para tener encuentros sexuales, y nada más que eso, es decir: “nada más que eso” hacía falta para ser homosexual.

Es notable cómo en este razonamiento, se visualizaría a la gaycidad como una especie de “régimen” que exige ciertas obediencias, además de la posesión y la ostentación de ciertos atributos; en tanto que la homosexualidad y su entramado institucional no estarían presentes en tanto que tales; lejos de ello, aparecerían transfigurados como un “marco” en el que podían desarrollarse –diría que casi “libremente”- actividades, aunque ese marco también deparara peligros y frustraciones. Me llamó la atención lo paradójico del “marco”, porque en su interior la libertad de movimiento sería una constante, no obstante el hecho de que estuviera circunscrito por la represión exterior.

Entre 1975, año en que se inició en experiencias sexuales con varones, hasta 2010, Miguel Angel Antonio identifica tres períodos: la *“era del miedo”* (1975-1985) que resume como *“oscura, terrible, clandestina”*, la *“época del gay power”* (1985-1990) en la que cabe el SIDA pero también las primeras luchas reivindicatorias (*“era una época en que se pensaba: respétenme, acá estamos, tenemos nuestros derechos”*) y, por último, la *“época de la globalización gay”* (a partir del 2000) que es la que se está viviendo en el día de hoy. Al preguntarle cómo podía caracterizarla contestó: *“cuánto más tenés más valés, ¿donde vivís?, ¿de qué trabajás?, ¿tenés departamento propio?”.*

Miguel comenzó a trabajar cuando era adolescente en un Ministerio de la Nación. En 1975, descubrió que los baños, no sólo del lugar donde trabajaba, sino de muchas dependencias del Estado conformaban un auténtico sub-mundo, en el cual cada baño se parecía a ciudad que se podía visitar cuando le tocaba realizar trámites en alguna dependencia externa. Algunos eran

mejores que otros (aunque todos eran un *"hormiguero de gente"*), por eso, esperaba ansioso que la rutina laboral lo llevara a alguno de ellos.

Le pregunté por las teteras "clásicas" de las grandes estaciones terminales de ferrocarril y me contestó que sabía que existían pero que las frecuentaba escasamente: el sub-mundo de los ministerios públicos no sólo era lo suficientemente grande, sino además, mucho más seguro. No obstante, recuerda las teteras con mucha precisión *"Constitución, los baños de Pumper, la Giralda, El Ombú, San José de Flores, Bancharo en Primera Junta y las pizzerías de Lacroze y Corrientes en Chacarita."* En realidad, a Miguel nunca le gustaron ninguno de los otros circuitos extra-ministeriales, él se sentía como pez en el agua allí, de ahí que *"tenías la calle Lavalle que estaba llena de taxi-boys, te podías ir a coger a los hoteles de pasajeros, pero a mí no me daba. Yo no iba, pero se sabía que Lavalle era lugar de yire"*.

En un momento –me pareció que estaba entusiasmado- me preguntó si podía traer anécdotas de aquella época. Le dije que se sintiera libre de hacerlo.

Antes de comenzar dijo: *"antes que nada recordá que estaban los milicos"* y que *"las razzias eran comunes, como las detenciones"*. Recuerda que –no obstante- en 1976, las *"locas"* tenían un boliche bailable en las afueras de la Capital Federal llamado "Nosotros" en Ciudadela y que en la Capital Federal abría sus puertas "Privado Bar" *"que estaba en Avenida Coronel Díaz, pero que era más pub para tomar algo que discoteca"*.

Me habló de su pasión por las comedias musicales, y por cantantes como Shirley Bassey, Donna Sumer y Gloria Gaynor. Quedó como una convicción suya muy profunda que, en aquellos años, estas afinidades asentadas en el mundo del espectáculo masivo eran –tal vez- el más importante factor para construir lazos de amistad duraderos.

Una vez, en 1978, junto a un amigo, tomó un tren que lo llevó desde Retiro hasta Villa Ballester; llevaban enfundado –escondiéndolo- el *long play* de la comedia musical "Evita" de Andrew Lloyd Webber, *"imaginate que tenías miedo que te detengan por subversiva, además de loca... era como una aventura peligrosa, pero si lo ves desde hoy, hacías cualquier cosa con tal de escuchar música con gente amiga."* Los discos de Bassey, Sumer y Gaynor los conseguía en la Galería del Este, en la Ciudad de Buenos Aires, donde había una disquería por la que desfilaban incontables homosexuales en busca de las últimas novedades de sus cantantes preferidas: *"Yo no me acuerdo si también ahí era realmente peligroso, pero yo lo sentía así"*.

La masividad, en cambio, hizo que se sienta seguro *"el 20 de octubre de 1978"*, día en que la famosa artista italiana Raffaella Carrá dio su primer concierto en el Luna Park: *"en la cola había*

muchísima gente y muchísimos gays camuflados, menos mal: ahí no te podía pasar nada.” Creo que con “camuflados”, Miguel Angel Antonio no quiso decir que estuvieran allí “escondidos”, sino, en todo caso, “protegidos” de la policía por el clima familiar que se aspiraba en esa cola, producto de la mezcla de adhesiones de públicos que lograba la Carrá.³

Cuando hablamos de qué sentía que era en su despertar sexual, de qué palabras tenía para dar cuenta (y darse cuenta) de lo que le pasaba, Miguel dijo que fue siempre *“muy open mind”*, aún por aquellos años, un latiguillo de ego-centramiento que –supongo- es producto del tiempo y de la lectura que realiza desde las coordenadas del presente.

No recuerda que se haya dicho alguna vez que lo que le sucedía era que era *“homosexual”*, sí, en cambio, tiene muy en claro que para los otros, las cosas que hacía eran *“cosas de maricas, de maricones”*.

De esta parte de la entrevista, me interesa destacar la reticencia de Miguel a reconocerse encerrado personalmente por las prescripciones que dictaban los demás, algo que amerita poner en relación con las descripciones que hizo del entorno opresor que lo encerraba socialmente. En este sentido, me incumbe seguir pensando si este fragmento del testimonio no podría tomarse como un indicador característico de una persona que hace uso de la narrativa del *coming out*, narrativa a través de la que se presentan como contrincantes un contexto social adverso, de un lado, y personas que pueden abrirse caminos alternativos dentro suyo, de otro. La construcción de ese camino implicaría –justamente- la construcción de una identidad sexual alternativa.

El mundo homosexual que conoció en 1975 se mantuvo intacto hasta 1985, año en que apareció el SIDA, *“que tuvo su pico entre el 87 y el 88”*. *“A mí directamente no se me murió gente, pero era común que te encontraras con alguien y te dijera: ¿te acordás de aquel? Bueno... murió. Era moneda corriente, te pasaba con cualquier amigo que te encontrabas, te contaba lo mismo.”* En aquel momento, los baños se vaciaron, parecía que la gente tenía

³ Raffaella Carrá es una artista italiana nacida en Bolonia en 1943. Popularísima en Italia, España y en muchos países de Latinoamérica, es un indiscutido ícono gay. Dueña de un estilo único, inimitada e inimitable, lograba cautivar a las familias enteras, pero también, debido a ciertas claves de su diversificado talento, a los niños, los varones heterosexuales y –naturalmente- a los homosexuales y gays. Los policías heterosexuales de la cultura pequeño-burguesa –tan populistas para apreciar otros fenómenos populares y masivos, en especial, los deportivos- han intentado hundirla en la ciénaga cultural, como aprecia el columnista Adolfo Agopián en el suplemento SOY del diario argentino Página 12: *“Desde siempre adorada por los sectores populares y por una clase media que bailaba mirando de reojo, quienes fuimos niños y niñas o adolescentes durante la dictadura la imitamos como locas capturados por sus enérgicas danzas y pegadizos temas. Hubo una época posterior en que su mito se fue apagando. Crecimos con culpas relacionadas con la alta cultura que tildaba de “grasa” y “oscurantista” su música desenfundada.”* (Página 12, 11/07/2008)

miedo, pero –increíblemente- las teteras externas a las dependencias del Estado seguían albergando gente como siempre. Ese fue el breve período en que Miguel las frecuentó; luego todo volvió a su normalidad.

Sus recuerdos del peor momento del SIDA son indisolubles del final de la “era del miedo” y del alumbramiento de la era del “gay power”; a su vez, ésta es indisoluble de la reapertura democrática de 1983: *“no te creas que no había razzias, seguían. Pero después ya se podía andar tranquilo.”* Se iniciaba la época, que recuerda sonriendo, *“de caminar por Santa Fe sin miedo. Era un aire nuevo, la gente más sana, que tenía sueños de pareja, de pasarla mejor, de comprar la casa propia. Era la época de Carlos Jáuregui.”* “Gay power”, así bautizó Miguel el momento que vivieron los gays entre 1985 y 1990.

Usa la expresión en lengua inglesa porque para él toda la movida cultural y política que supuso tuvo su origen en los Estados Unidos. Yo creía que iba a contarme el clásico episodio de Stonewall en 1969. Sin embargo, la memoria de Miguel me deparaba una sorpresa: *“yo me acuerdo que todo eso venía con mucha fuerza, la cosa política y la cosa cultural. Fijate que de ahí viene “I am wath i am” y la música disco. Todo venía muy junto. Y yo me acuerdo que una vez en un quiosco ví –no sé si era en “Time” o en “Newsweek”- una nota de tapa que decía “How gay is gay”. Año 80, 81, más o menos, fijate Mechita.”*

Miguel no tiene computadora, tampoco usa la computadora, a pesar de que me dijo que en breve lo haría. El va por pasos, hace unos años hizo un gran esfuerzo para retomar los estudios secundarios, que pudo culminar el año pasado. Ahora, está con un curso de inglés. La asignatura pendiente de la computadora la enfrentará el año próximo.

De vuelta en mi casa, busqué en el Google y descubrí para mi asombro que, en efecto, Miguel recuerda tantos años después la tapa de una nota (que nunca más volvió a ver) con el nombre exacto que –puntualmente- fue tapa de “Time” en abril de 1979.

Se trataba de un extenso informe cuyo subtítulo era *“Homosexuality in America”* y que no se privaba de hablar de nada: desde la reivindicación de los estudios de Kinsey, pasando por la problemática de la discriminación, la vida de los gays en Boston, New Cork, Chicago y San Francisco, hasta llegar a la creciente proliferación de liderazgos gays locales en Estados Unidos, incluida la mención de la prominencia política de Harvey Milk y su asesinato a manos de Daniel James White el año anterior.

Imagino los ojos de sorpresa de Miguel casi treinta años atrás: en la ilustración de la tapa se ven –gigantes y apretadas- dos manos de mujeres y dos manos de varones. Me pregunto: ¿qué

cosas habrá pensado luego de verla, mientras caminaba? Tal vez por primera vez Miguel se encontraba con un espejo que le devolvía una imagen digna. Seguramente se trató de un encuentro mágico, de esos que excitan tanto los sentidos, que se convierten en precipitantes ideales de accidentes en la vía pública, perfectos como para no ver los autos que raudamente se acercaban a la esquina del quiosco.

Por esos años Miguel conoció casi todos los lugares de encuentro que iban abriendo sus puertas, aunque nunca sintió predilección especial por ninguno de ellos. El seguía –firme como una catedral- recorriendo los baños a medida que cumplía con sus obligaciones laborales. Hoy mismo lo sigue haciendo.

Lo característico de los años de *“gay power”* fue –sobre todo- su impronta política. El recuerdo de Carlos Jáuregui y de *“todas las locas de izquierda que había”* tuvo su momento en los testimonios. La impronta política pasa por la visibilización de la homosexualidad, por instalar una *“novedad”* que, ya *“a principios de los 90 se pasó de moda, ya fue”*. Además, la situación general del país, en particular, la que creó el menemismo, llevó a que *“la gente pensara en su propia supervivencia, porque todo fue más salvaje. Y dentro de lo gay, lo que vino después de que se agotó la novedad fue la cosa comercial”*, que supuso la desaparición de *“las locas de izquierda”* a un punto tal que a partir de entonces *“no podés hablar de nada interesante con nadie”*.

Según los atributos sociológicos con que lo identifica, el tiempo de la *“globalización gay”* comenzaría a principios de la década del 90, no obstante, Miguel me señaló el año 2000 como la fecha inaugural. Pienso que este natural desfase, más que a la solidificación en el 2000 de síntomas que pudo ver en 1990, obedecería a que –en sus recuerdos- el período del *“gay power”* es asociado, en realidad, al período *“pico”* de la política de visibilización como novedad en sentido estricto; algo que tiene una gran relevancia sociológica si pensamos que Miguel (y sus contemporáneos) provenían de la experiencia muda e invisible de la homosexualidad.

La globalización gay significa el cumplimiento de imposiciones, la demostración de patrimonios de diverso tipo (materiales y simbólicos) y también el individualismo. Miguel imagina que el diálogo típico entre dos personas que se conocen es: *“¿dónde vivís?, ¿de qué trabajás?, ¿tenés departamento propio?”* lo que significa que el otro tiene la horrible ideología del *“cuánto más tenés más valés”*. Entiende que por eso hay *“mucha gente que está loca”* porque ante semejantes interpelaciones, la gaycidad se parece mas bien a un régimen en el cual *“subsiste quien puede”*.

De suma importancia –para traer algo que dijimos al principio- notemos como de los testimonios emergería una serie de condicionalidades para ser gay o (al menos para subsistir como tal), lo cual es un contraste evidente con la inexistencia de condicionalidades internas para ser homosexual. En la gaycidad están *“las imposiciones de la moda, el pensamiento machista entre gays, la buena presencia”*, tres marcadores ausentes de la experiencia homosexual.

Con todo, y a pesar de que Miguel no frecuenta ninguno de sus circuitos relacionales de última moda, entiende que la gaycidad –de la cual hoy parece sentirse “extrañado”- es preferible a cualquier cosa: *“yo no me engancho con la otra gente que está loca, esas que se quedaron en el tiempo y que hacen el show de la nostalgia. Hay cosas de hoy que están bien y otras que son una porquería. Igual tenés que pensar en cada persona.”*

Esta última aclaración de Miguel, además de parecerme críticamente contemporizadora con el presente de cada persona, me hizo recordar nuevamente la hermosa frase que dijo antes de comenzar la entrevista, tan despojada de individualismo: *“mirá: a mí nunca me hizo falta ir a un boliche o a un sauna para ser puto, pero pienso que para otras personas significó mucho”*.

(INTRODUCIR GRAFICO)

4.2. Anestesia general

Juan Manuel (45 años) me dijo que está *“anestesiado”* en relación al paso del tiempo. Como Miguel Angel Antonio, me dio esta información sobre su estado de ánimo antes de que comenzara la entrevista, de la que solamente sabía que trataría el tema de las generaciones de homosexuales y gays.

Obviamente este autor (amante de las metáforas como habrán advertido mis lectores) le solicitó con mucha expectativa que le explique un poco más las cosas. *“Yo pienso en todo el tema de Internet, en el sueldo que cobrás por el banco, en los celulares. Al principio puteaba contra estas cosas, la verdad me revienta tener que acordarme de tantas claves de acceso, pero bueno... como te metieron tantas porque si no hoy no podés vivir, ya me acostumbré.”* Me preguntó si a mí no me pasaba lo mismo. Le contesté que más o menos. Luego le pregunté si lo que me dijo tenía relación con el motivo de la entrevista y me respondió –con cara de quien advierte que el otro no captó un código que habilitaría la intimidad conversacional entre

ambos- *“obvio”*. Juan Manuel me estaba haciendo un obsequio de empatía, la “ofrenda-sueño” que espera recibir todo sociólogo que le guste hacer entrevistas.

“Primero nos metieron que éramos lo peor del mundo, después nos metieron el SIDA, y ahora te meten el chat, la línea telefónica, un hotel para gays, el matrimonio y en una revista ví que también -si te descuidás- te meten una cirugía por si se te nota que hace años que estás tomando los remedios por el HIV. ¿Me entendés? Son muchos cambios que no puedo procesar.” Me quedó la sensación de que escuchaba un relato cansino que hacía un hombre que supo estar enojado.

Juan Manuel (oriundo de un pueblo del lejano oeste de la provincia de Buenos Aires, lindante a la provincia de la Pampa) se mudó a Buenos Aires para estudiar Contabilidad en 1986, tenía veintiún años. En su lugar de origen tuvo noviazgos con mujeres, aunque *“siempre sentí que pasaba otra cosa.”* La Capital Federal se le fue revelando como la gran oportunidad para explorar ese indiscernible que latía dentro de él.

Se acuerda que la revelación no vino de la mano de ningún porteño en particular, sino de la actividad del *“yire”* que rememora como un ejercicio integral de aprendizaje anónimo, no precisamente con nostalgia pero sí aún con asombro: *“está bien que era muy joven, no laboraba, me pasaban guita los viejos. Tenía tiempo. Pero yo te juro que hasta los tipos más ocupados se ponían a yirar mil horas. Suponete que no pasaba nada... bueno. Volvías una hora después y te los encontrabas otra vez (y viceversa, obvio). No había tiempo para el yire.”*

Juan quiere decir que no se le ponía límites horarios a esa actividad. Me interesa remarcar el tiempo pasado de la última oración. Para Juan, habría un tiempo (“del yire”) dentro del tiempo (“homosexual”) que desapareció. Quiero decir que, probablemente, sea esa temporalidad muerta de la homosexualidad que ya mencionamos, esa temporalidad eterna, quieta y pesada cuyos momentos se repetían cotidianamente sin cambios significativos, lo que esté detrás de la afirmación de que no había tiempo, o límites “horarios” para una de sus actividades (en este caso, el yire”). Es el segundo tiempo el que hace inteligible al primero y al tiempo verbal que utiliza, lo cual nos demostraría que lo que evocan estos recuerdos son “tempos”, o “temporalidades” internas y vivenciales, escindidas de objetivos almanaques y de exactas agujas de reloj.

A propósito, mientras lo escuchaba recordé el cartel de un sauna que en plena era gay informa a los clientes que, si permanecen en el local más de 24 horas se debe abonar nuevamente la entrada.

El conoció una Buenos Aires que ya era *“gay”* que, si bien se fue ampliando, se mantuvo bastante parecida hasta la crisis del 2001. Dice que existe un antes y un después porque el 2001 sentó las bases para la movida del turismo gay por las cuestiones de cambio monetario que trajo aparejado y también porque empezaron las movidas por Internet para conocer gente. En su opinión: *“esto sacó a la gente de la calle”*. Le pregunté cómo podría llamar al período que siguió a la Buenos Aires *“gay”* que él experimentó. Me respondió: *“sería el período “pos-gay o friendly” que vendrían a ser lo mismo.”*

La ciudad gay del período 1986-2001 tenía el clima de tranquilidad que había creado *“Carlos Jáuregui”* (otra vez presente en los testimonios). En carne propia, Juan nunca supo qué era una *razzia* o una detención policial en la calle. Además, el período *“gay”* significa que *“todo era para los gays, se inauguraban locales y discos que eran para los gays. Yo, además, no fui al psicólogo nunca, fui a un grupo de auto-ayuda gay”*. Pienso que este fragmento puede ser interpretado en una clave que ya dimos: el momento en que la colectividad abstracta, muda y sufriente de la época homosexual se transformó en una colectividad concreta que comenzó a crear distintos capitales para pensarse y posicionarse en el entramado social. Y también, el momento en el cual se comenzaban a visualizar sufrimientos predominantemente comunes a todo el mundo y, en este sentido, el momento en que cualquier gay podía ser representante de otro gay, creando así una única comunidad de apoyo entre *“semejantes”*.

Este mundo gay tan concreto, esta *“minoría social”* recién alumbrada, es lo que se derretiría en el período *“pos-gay o friendly”*.

Veamos como nos lo describe Juan: *“Yo probé con el chat, hace mucho que está el chat, también con la línea. Pero me ponen muy nervioso. Es como una transmisión vía satélite ¿me entendés? Es todo muy diferido.”* ¿*“Viste que hoy para saber qué pasa con lo gay podés leer los diarios comunes? Prácticamente todos los días tenés una noticia.”* Tengo en claro que la primera frase es una queja que me expresó Juan; trascendía la cuestión de no llevarse bien con un nuevo instrumento de comunicación. Y si bien la segunda me dejó algunas dudas (por momentos me pareció que también estaba cansado de leer noticias GLTB), creo que ambas vienen a cuenta de los mecanismos de desenclave territorial y representacional puestos en marcha en los últimos años, que a él lo desubicaron: el chat en lo que respecta a la posibilidad de interactuar sin situación de co-presencia física y en lo que respecta al tema de las noticias, la posibilidad de que las mismas sean anunciadas por cualquier medio, que no sean más monopolizadas por un diminuto puñado de revistas especializadas para la comunidad. Sé que a

esta altura es repetitivo, pero igual quisiera remarcar el contraste con los años previos de la vida de Juan.

También se refirió al *“turismo gay”* *“que me da mucha rabia porque los medios lo pasan siempre y siguen creando prejuicios”*. En su opinión, en la actualidad Buenos Aires es *“friendly”* porque existe el turismo gay, lo cual le parece *“re-falso”*, pero, al menos, *“sirve para que a los porteños (gays) nos traten bien y nos respeten”*, concluyó con ironía. Pero, la verdad es que no estaba en su horizonte, a medida que iba creciendo, que un día lo que le daría vergüenza delante de sus padres sería ver por televisión las noticias de los contingentes de *“gays con gaita”* que bajan en el puerto de Buenos Aires. Juan hizo el *coming out*, *“pero hay cosas difíciles de explicar”*, lo que debe hacernos ver lo desagradable que es para Juan esta imagen que también es producto de la pluralización de las imágenes que representan a los gays.

Más allá de todo, en términos muy generales, Juan no está enfurecido ni mucho menos con el presente que le toca vivir; pero me dijo que se siente *“muy raro”* ante los cambios, como si fueran cosas muy distintas soñar con los cambios (como hacía cuando era más joven) y vivirlos con el cuerpo y las emociones una vez que llegan. El sabe que estas sensaciones van a pasar en el algún momento: *“pero lo que te dije de mis viejos no es que me haga ver todo negro. Imaginate que si no ví las cosas en negro antes, menos las voy a ver en negro ahora. Qué se yo, lo único que te puedo decir es que yo voy procesando las cosas.”*

(INTRODUCIR GRAFICO)

4.3. Las ventanillas de los bancos atienden individualmente

Con Luis (55 años) realizamos tres entrevistas. Su disposición para colaborar con este libro fue emocionante, tanto como su reiteradamente confesada necesidad de testimoniar: *“si querés podés poner mi nombre y apellido. ¿Qué me va a pasar? Yo ya soy un hombre grande, no tengo a mis viejos, me queda mi hermana. La verdad es que no me llevo bien con ella, no hablamos mucho. Por eso está todo bien con tu libro, si lo ve no va a decir nada.”*

Si los lectores lo hubieran visto: antes de responder tantas preguntas, apoyaba el mentón sobre el pulgar y el índice; en esos momentos —a veces prolongados— miraba no sé que a través de la mesa o de la ventana, adonde dirigía su mirada entrecerrando un poco los ojos como para ver mejor el jirón de un recuerdo que mi pregunta representaba.

Atento y bondadoso, me decía, mirándome antes de mirar a través de la mesa o la ventana: *“esperame un poco... a ver... no quiero decirte cualquier cosa.”* Recuerdo que luego de contarle cuál era la idea del libro le pregunté qué le parecía. Me respondió dándome mucho aliento y redoblando su deseo de colaborar.

“Espero que te sirva lo que digo, si no avisame”, dijo mil veces, como si estuviera tratando de subordinar sus invaluable saberes experienciales ante mí, lo que me hizo pensar en la merecida aura de arrogancia que nos acompaña a los sociólogos. No es para menos: mientras lo escuchaba, pensaba en la creciente cantidad de colegas que desfilan por la televisión, ostentando alevosamente que siempre tienen en la punta de la lengua la palabra justa para hablar con exactitud clasificatoria acerca de cualquier tema.

Le conté que a mí me interesa una Sociología escrita por grandes escuchas (y no por grandes especialistas que no escuchan), que el libro no podría existir sin testimonios como el suyo y que –en este sentido- yo *“lo necesitaba”*. *“Bueno, gracias”*, me respondió. No dije nada, aunque advertí que en la respuesta estaban otra vez invertidas las cosas. Volví a preguntar: *“¿qué te parece la idea de este libro?”*

“Me parece bárbara, no es loca: hay mucha gente de mi edad que no está bien porque perdieron la conexión y porque hay involución dentro de la evolución.”

A lo largo de las entrevistas las explicaciones que Luis me dio sobre la última conjetura tuvieron un espesor sociológico de alto vuelo, que no pude más que agradecer –conmovido- cuando nos embarcamos en una despedida que no se terminaba más, luego de realizar la última entrevista, en una confitería del barrio de Caballito, en la Ciudad de Buenos Aires.

Luis es un luchador y un sobreviviente a la Argentina del desempleo que inauguró el gobierno de Carlos Saúl Menem y que continuó el de Fernando de la Rúa. Desde 1975 a 1998 trabajó como empleado administrativo en un molino harinero. Fue despedido y a partir de entonces no volvió a conseguir un trabajo formal.

Primero intentó –sin suerte, aunque siempre con entusiasmo renovado - ser un trabajador *free lance* vendiendo *pulloveres* a domicilio. Luego, por un brevísimo tiempo, fue empleado en una librería.

Como Luis siempre sueña con vivir en pareja comenzó a alarmarse cuando comprobaba la inestabilidad de un mundo en el cual estuvo estable veintitrés años: *“Las cosas ya habían cambiado. Imaginate yo buscando pareja y sin un laburo bueno. Yo ya me daba cuenta de que*

en ahora en lo gay es imposible tener una pareja si no tenés un trabajo bueno y estable... entonces, como veía que no tenía laburo y que tampoco era un pendejo, en vez de deprimirme, me ponía más las pilas para buscar trabajo.” Pero su energía no pudo con la dureza de los tiempos del desempleo, Luis no volvió a conseguir un trabajo como el que tuvo.

No obstante, el tiempo le demostró que no todo estaba perdido. Primero un amigo y después una pareja de amigos que tiene un espacio teatral, todos amigos *“de toda la vida”*, le ofrecieron trabajar limpiando y cuidando sus casas y el espacio de teatro.

Luis remarcó varias veces el hecho de que su situación laboral -si bien no es la que él hubiera imaginado- pudo reencauzarse a través de *“conocidos”* y de *“amigos”*, visualizando aquí la sedimentación de vínculos profundos que se habían gestado en una época que no es la actual, lo cual sugiere, por la negativa y siempre desde su perspectiva, que hoy difícilmente se pueda disponer de un capital social de esas características, dispuesto a movilizarse en auxilio de un compañero caído en desgracia.

Está tranquilo, aunque está buscando la forma de ampliar un poco más esta clase de ocupación *“para que me rinda más.”* Afortunadamente, uno de sus amigos empleadores *“me blanqueó y tengo obra social, así que imaginate que eso me da tranquilidad.”*

Comenzó a descubrir el mundo homosexual a mediados de la década del 70 cuando ingresó al mundo laboral. Como en el caso de Juan Manuel, no existió una persona homosexual en particular que lo tocó con la varita mágica para hacerle comprender lo que le ocurría. Nuevamente, fue la actividad social anónima del *yire* en las teteras lo que le reveló las cosas, una actividad social anónima perfectamente orquestada que no solamente le quitaba el miedo sino que lo sumía en una excitación obnubilante y enceguecedora.

Luis me contaba que él tenía en claro sus preferencias sexuales desde muy temprano pero que, sin embargo, permanecían siempre ahí, dentro suyo, como la sangre dentro del cuerpo que circula y no se escapa. Todo cambió con el tiempo en que comenzó a entrar en algún baño de algún bar, mientras hacía algún trámite para el trabajo o cuando regresaba de él. Esta unión del despertar sexual concreto con el inicio de la actividad laboral han quedado en sus recuerdos como la entrada en la adultez. Una especie de doble rito de pasaje.

Con todo, tenemos que destacar que *“adultez”* tiene en el decir de Luis una acepción más: la de que había que ser un *“adulto alerta”*, es decir, que se debían tener en claro muchas cosas desde la más temprana juventud para no caer en las trampas que la ciudad sitiada por los personeros del orden le tendía a los homosexuales.

Al respecto, me contó que, a pesar de sus estudiadas precauciones, en el año 1979, fue víctima de una emboscada en el baño de un bar del barrio Once de la Ciudad de Buenos Aires, que lo detuvo la policía, y que quien tuvo que ir a buscarlo fue un abogado (un miembro no muy cercano de la familia), quien le dijo cosas que prefiere no recordar cuando –por fin- lo liberó de la policía.

Desde que ingresó al “ambiente” entiende que existieron cuatro épocas: los años 70 corresponden a la época de las “puertas cerradas” signada por la represión, a la que sucede un momento “político” que su memoria extiende durante toda la década del 80, en el que Carlos Jáuregui es recordado como el personaje que activó todo lo bueno que se pudo disfrutar después (recordemos que Jáuregui había aparecido en los testimonios de Miguel Angel Antonio y de Juan Manuel).

Hagamos notar que este momento político que señala Luis era, en los hechos, una mixtura: la novedad que representaba la representación política de Jáuregui aún no podía con el peso de la lógica represiva de las “puertas cerradas” que seguía intacta en la vida cotidiana.

La década del 90 señala el inicio de la “evolución” palabra que se asocia a la palabra “gay” y que Luis extiende hasta nuestros días. Desde su perspectiva, “evolución” quiere decir el corolario casi necesario del momento político previo, visto, en lo esencial, en que la sociedad, puesta a ver lo que temía porque no veía (lo uno por lo otro), comenzó a no “escandalizarse” en relación a la homosexualidad, y que, en consecuencia, los homosexuales de su generación podían vivir un poco más tranquilos.

No obstante, es muy interesante la categorización que hace de la época de la “evolución”: en efecto, hasta el año 2000 tendríamos la evolución en sentido estricto (la que puede imputarse a las acciones de Jáuregui y los suyos), pero luego tendríamos la época de la “involución dentro de la evolución” que es, propiamente, la época de nuestros días y que representa la otra cara de la moneda del momento “político” que señaló con anterioridad o –como decimos los sociólogos- las consecuencias impensadas de las acciones (en este caso políticas).

Luis me transmitió con una precisión muy fina una especie de oscilación permanente que, a partir del nuevo milenio, se daría entre la liberación y la opresión, o entre viejas y nuevas formas de discriminación. Con mucha sensibilidad, él destaca la existencia de nuevas formas de opresión en un medio que –paradójicamente- ha cambiado para bien. De gran importancia, la otra cara de la moneda del proceso emancipatorio no afecta a todos por igual, al contrario,

su blanco parecen ser los integrantes de su generación, es decir, los últimos homosexuales, la unidad de análisis de este libro.

Si existe algo que forjó la era de la homosexualidad clandestina en la subjetividad de Luis – subjetividad probablemente bastante prototípica aún en la actualidad- es una imaginación gregaria, forma de relación social que, si bien fue la consecuencia del ostracismo en que vivieron, también fue la condición para que pudieran sobrevivir a él y en muchísimos sentidos, para que –literalmente- pudieran servirse de él.

Fijémonos en los testimonios como funciona esta sociabilidad gregaria, veamos, a pesar de todo, cuáles eran sus promesas, advirtamos, por último, los desalentadores efectos de su disolución: *“Si están las puertas cerradas, si la gente tiene ideas de mierda en la cabeza, es lógico que todo cuesta más y que habrá menos posibilidades de hacer cosas en la vida. Pero fijate que lo podés pensar de otra manera: la gente puede pensar lo peor y por eso, tenés que juntarte solamente con los que piensan como vos, y eso te da más posibilidades de conseguir alguien con quien estar bien porque hay más conexión.”* Luis tamiza muchos de sus comentarios referidos a la “conexión” con su necesidad de compartir la vida con una pareja, que es lo que no logra conseguir en los últimos tiempos. Su referencia a la conexión, no obstante, también incluye vínculos sociales más generales que se daban entre homosexuales y la sociabilidad característica de la gaycidad.

Nos sigue explicando y me permito esta cita en extenso porque resume el sistema metafórico de Luis: *“Ahora no es como antes. Ahora es como cuando se abren las puertas de un banco. Se abren y todo el mundo puede entrar, cada uno va a la ventanilla que quiere a hacer lo que quiera, como si cada cual hiciera su trámite y nada más. En los 90 empieza la “evolución”, se abrió el panorama, se abrió el campo, podías ser más libre por la apertura de la gente, porque empezaba a haber más información. Eso hizo que las cosas no llamen tanto la atención, sobre todo que no llamara tanto la atención la gente “obvia”, a la que se le notaba. No es que hoy las cosas no llamen la atención, pero no escandalizan. La televisión tiene mucho que ver con esto. Pero en el medio, a partir del 2000, a medida que las cosas seguían evolucionando tenés la involución: parece que hay conexión pero es una apariencia. La gente quiere conocer a alguien, está buscando, pero cuando llega el momento va para atrás. Ocho de cada diez personas que conozco, después de que me hacen casting me ponen un freno. Yo creo que esto es por la situación del país, con la cuestión de que no hay laburo, de que la gente no tiene un mango, y eso te pone muy loco. Me parece que esto en lo gay se nota más. Es la época del consumismo: cómo te vestís, qué te ponés. Siempre fuimos coquetas –ojo- pero lo de hoy tiene que ver con el*

tema del estatus: hoy en lo gay se tiene muy presente el nivel social para relacionarse. Antes no se le daba bola a estas cosas: eso de preguntarte “con quién vivís”, si “tenés casa propia”, “dónde vivís”. También el tema de la edad está muy remarcado, acá tenemos un paralelo con los heterosexuales, es lo mismo que nos pasa a todos si somos grandes cuando buscamos trabajo: fracasamos. Hoy es difícil la estabilidad de la pareja, contrariamente a la evolución. Por eso te digo la “involución dentro de la evolución”, porque las cosas están mejor que antes, pero por la edad y el estatus, nosotros no sentimos lo que sentíamos antes, que te daban ganas de crecer, de tener proyectos. Todo eso no pasa más por todo el avance que tuvimos. La libertad y las posibilidades se nos ponen en contra: ahora hay mucha demanda, todo el mundo sabe que la gente se anima a hacer cosas que antes no hacía, y lo que pasa es que no es tan fácil conocer a alguien. A ver si me explico. Antes el círculo era muy chico, uno estaba en un lugar más cerrado, pero ese encierro te daba más posibilidades. Había mucha demanda y toda tenía que tramitarse en ese lugar chico, entonces no era difícil conocer a alguien y estar bien. Pero después empieza la época de la involución dentro de la época de la evolución: cuando empezamos a desparramarnos más, no nos unimos tanto como antes, y entonces es más difícil encontrar a alguien. La demanda es más grande, pero como estamos separados es más difícil conseguir conexión, estar con alguien. Suponete que antes éramos 30 en una habitación chica, hoy tenemos una habitación cuatro veces más grande... es más comfortable, pero la conexión no es la misma.”

Los lectores dirán cuánto de la re-configuración contestataria, o de la extrañada, o de la desafiada hay en estos testimonios.

La verdad es que me cuesta cerrar esta parte del capítulo destinada a Luis. Sus conjeturas vertebradas a partir de *oximorons* (liberación con opresión, evolución con involución, abierto con cerrado, posibilidades con imposibilidades, fácil con difícil, grande con chico, conexión con desconexión) tienen una potencia tal que ameritan la escritura de un nuevo libro. Por el momento, me gustaría señalar que las entrevistas que me concedió representaron una interesante lección de sociología de la discriminación. Pocos como él piensa este problema en los auténticos términos de una “dinámica” con efectos multivalentes sobre la vida social y grupal y –lo más importante- sobre la subjetividad individual.

(INTRODUCIR GRAFICO)

4.4. Los mundos vistos desde afuera

Nano tiene 43 años aunque no lo parezca, según le dice tanta gente. Se nota que es una persona sensible y se manifestó interesada por la idea del libro, aunque, a diferencia de los demás, siempre antepuso algo parecido a una hipótesis para estructurar la narración de su biografía: sea del modo que sea, Nano siempre sintió que veía el mundo desde afuera, es decir, que por lo general, no se sintió partícipe neto de los distintos lugares en los que le tocó vivir. Al recorrer la forma en que arma sus testimonios no fue nada fácil encontrar algo por fuera de ese esquema interpretativo maestro.

Nano nació en una pequeña localidad de la provincia de Buenos Aires de cerca de 9000 habitantes, a la que –asegura- hubiera sido capaz de incendiar de haber tenido el temple necesario.

Interiormente comenzó a huir de la aldea mientras realizaba los estudios primarios, cualquier lugar del mundo seguro que iba a ser mejor.

El imaginaba que un corte podría ser definitivo si sus padres lo enviaban pupilo a un colegio religioso. Lo importante era abandonar la maldita comarca.

Nano no quiere recordar demasiado, pero, como por arte de magia, siempre aparecen dos recuerdos fatales, los primeros en hacerle saber que existía un mundo a cual no pertenecía, un territorio que debía abandonar.

Primer recuerdo: como “maricón” y “puto” que le decían, no era libre de caminar por las calles o andar en bicicleta; los adolescentes, usando una honda (o fabricando un arma similar introduciendo la boca de un globo en un ruler de tamaño grande) le tiraban piedras en las piernas cada vez que podían. Dice que el impacto de las piedras primero producía una especie de picor, al que le sucedían el dolor y luego la explicación correspondiente a los padres de las agresiones, a cuyo término (sin mirarlo) emitían un suspiro de derrotada “resignación”, piensa Nano, que imaginaba a las piedras como un azote que querían funcionar como un estímulo para que acelere la marcha y desaparezca de la vista de los irascibles imberbes del pueblo.

Segundo recuerdo, tremendo: los carnavales se celebraban durante tres noches consecutivas. Asistía –como se decía- “medio pueblo”. Había disfraces, aunque la mayoría de la gente se ponía una careta, entre ellos, Nano. De improviso, recuerda que desde atrás le quitaron violentamente la careta y que comenzaron a tirarle de los pelos hasta dejarle la boca mirando el techo. Acto seguido, un grupito de adolescentes comenzó a tapársela con papel picado.

Tosiendo y con la boca seca, entre las risas de los demás, Nano pudo escuchar que uno le decía: “¿qué hacés acá?” Cuando su madre hubo advertido que casi se estaba ahogando, hizo frente a los atacantes que se dispersaron por el salón. No recuerda si la madre dio término a la escena con otro suspiro.

La vida en aquel colegio como pupilo le despierta, en general, buenos recuerdos. Dice que con los curas aprendió a estudiar, que le transmitieron amor hacia la lectura y la formación intelectual, además de sensibilidad hacia los problemas de la desigualdad social, algo que siempre les agradece. Lo que lo incomodaba es que los compañeros eran, por lo general, de clase media-alta y alta. Por eso también allí –piensa Nano hoy- se descubrió mirando un mundo que no era el suyo.

Su padre es un hombre de origen pobre, que pudo prosperar económicamente. Era él quien lo llevaba al colegio en una camioneta que contrastaba con los autos de los padres de los compañeros. También contrastaba su ropa de Grafa y –sobre todo- un gesto mecánico que Nano pensaba que provenía de aquel origen: cuando llegaban al colegio, lo primero que hacía antes de traer hasta sus manos la pesada valija que estaba en la caja de atrás, era escupir sonoramente en el piso. Nano agradecía el acto de amor, pero sentía vergüenza. *“La verdad es que no estoy seguro de que los demás miraran a mi viejo. Por ahí era solamente una película mía. Yo creo que ya estaba muy paranoico, atento a lo que digan los demás... si te lo ponés a pensar es lógico: eso es lo que me dejó en la cabeza ese pueblo de mierda.”*

Sea como sea, Nano comenzó a agudizar una especial capacidad para ver cuantas cosas podían pasar en un solo lugar. Comenzó a imaginarse con varios pares de ojos: uno para ver lo que hacía su papá, otro para ver lo que hacía el resto de la gente, otro para ver cómo la gente miraba al papá, y el último para ver como lo miraban a él sus padres y el resto de la gente: *“eso es muy de homosexuales de esos años, en parte era paranoia, pero por otra parte también era una forma de estar atento a los ataques que te iban a hacer. Yo todavía no era homosexual ni me lo imaginaba, pero se ve que algo inconciente había. Si alguien veía las cosas de una sola manera, yo veía las cosas dos veces: primero como la veía esa persona y luego como la veía yo. Hoy me divierto con eso, pero en esos años no.”*

Nano sentía que no pertenecía al mundo social de sus compañeros de colegio, las diferencias de clase –mejor dicho: las diferencias de “origen” de clase- son perceptibles de mil maneras. Pero sentía que tampoco pertenecía al mundo de sus padres o, mejor dicho, había parte de su mundo que compartía con ellos y otra parte por entonces muy indescriptible que no podía compartir.

En efecto, la serie de deslumbramientos, de estremecimientos que comenzaba a sentir cuando veía a sus compañeros desnudos (a pesar de que eran obligados a bañarse sin quitarse los calzoncillos en duchas individuales con puerta de madera) conformaban el nuevo mundo privadísimo de Nano.

Hoy está convencido de que pudo haberlo compartido con algunas personas, en particular, con un compañero que –como él- no jugaba al fútbol y con quien se sentaba a ver los partidos. Desde el banco, las dos cabecitas giraban sincronizadamente siguiendo a un goleador de sonoro apellido patricio, de quien no admiraban su destreza deportiva. Ni una palabra entre ellos, ni una mirada.

En el último año de la secundaria tuvo sus primeros encuentros sexuales en el colegio con varones. En paralelo, comenzaba una etapa de noviazgos con chicas. Aún no puede explicarse cómo era que lograba tener intimidad sexual con ellas.

Pero esta etapa terminaría cuando Nano comenzó sus estudios universitarios en la Capital Federal, lugar en el cual largamente había soñado vivir. Allí de inmediato conoció otro nuevo mundo: el de las teteras, en 1986.

Nano siempre dice que a pesar de todo lo que le habían dicho en el pueblo, él descubrió que era *“homosexual”* cuando descubrió las teteras.

Ni las ofensas, ni las bromas pesadas, ni las varias marginaciones que había vivido, ni el goleador patricio, ni los encuentros sexuales con los compañeros del colegio, ni su constante insatisfacción sexual con las novias; nada de eso le hacía pensar algo acerca de su condición sexual. Hoy eso le parece increíble: *“te lo juro... y mirá que me dijeron de todo: lo del pueblo ya te lo conté, pero también estaba mi viejo, que miraba a mamá y le decía “ahí tenés a tu hijo, ahí tenés a la señorita”, hasta un cura de la secundaria -que era la maldad hecha persona- que un día delante de todo el curso (era primer año) me dijo que me andaba pavoneando como un maricón con los pibes más grandes. El cura maldito hasta imitaba mis gestos mientras hablaba. Y yo, como si nada, seguía pensando que iba a conseguir una novia, como cualquiera.”*

La revelación se produjo al entrar casualmente a un baño público de una estación de ferrocarril y tiene, en los recuerdos de Nano, una connotación exclusivamente sensorial: las lamparitas casi todas apagadas, el piso inundado, el agua que hacía ruido, el ruido de los trenes, los azulejos mustios, los hombres a centímetros suyo tocándolo con la zona más neutral del cuerpo (el codo) antes de meter la mano, el olor, los olores.

Las teteras fueron su lugar predilecto por un buen tiempo. Frecuentó muchas, entre ellas, las de las estaciones de ferrocarril de Constitución, Retiro, Liniers y Once. Como una anécdota extra, cuenta que durante el primer año de sus estudios en Buenos Aires todavía viajaba desde la comarca natal. Viajaba cuatro veces en la semana. Las alternativas para poder cursar en la Universidad en el turno de la tarde eran regresar *“en el tren que salía a las 22:29 o, de lo contrario, esperar al de las 00:47.”* Nano planificaba todo para que se le haga tarde. En esas dos horas y media vagaba por las teteras del ferrocarril Sarmiento: las de Ramos Mejía y Castelar eran particularmente atractivas.

La advertencia de la coexistencia de mundos fue otra vez un tema para Nano. En la tetera de Castelar siempre estaba un señor que usaba un enorme anillo que parecía de oro. Era bastante más grande que él. Una noche lo invitó a su casa, donde después del encuentro de los cuerpos le contó que era mozo de un bar de ese barrio. La madre dormía en la habitación contigua. Nano –asombrado- le preguntaba si ella sabía que él era homosexual, pregunta que el amante respondió negativamente. *“¿Y en el bar?”*, tampoco.

Nano quedó impresionado –otra vez- de que puedan existir tantas facetas de la vida que los demás no pueden advertir, que se puedan orquestar con milimétrica perfección cosas delante de las narices de los demás. Era un juego a las escondidas que lo sumergía en un extraño placer.

Desde la actualidad, a veces, piensa en el sufrimiento de ese hombre que ocultaba tantas cosas, pero en aquellos momentos, aquel señor mayor le pareció algo así como un *“genio”*, un hábil manipulador de su imagen y del entorno para posibilitar que encuentros tan placenteros como los que tuvo con él pudieran darse sin sobresaltos. Por esos momentos, en medio de la vida universitaria, comenzó a conocer mucha gente, entre ellas, gente *“gay”*, como –de a poco- comenzaba a llamarse a los homosexuales en los inicios de la década del 90. De ellos escuchó que cosas como las que estaba haciendo constituían una *“doble vida”*, y que ello era dañino psicológicamente.

Nano ya se había instalado en Buenos Aires. El juego de las teteras seguía aunque aquellas palabras le resonaron mucho. Se iniciaba un nuevo período: el de su conocimiento de los bares y los boliches gays de la mano de sus amigos y amantes.

Cuenta un episodio *“ingenuo”* que aún hoy le llama la atención. Había conocido a un diseñador de modas, que fue el primero en invitarlo a bailar a un boliche gay, llamado *“Experiment”* sito en la Avenida 9 de Julio. Arreglaron la salida por teléfono. Antes de cortar, Nano le preguntó a

Marcelo: *“¿hay que llevar plata o es gratis?”* Nano, que ya se sentía parte de una cofradía, entendía que –lógicamente- los dueños del boliche debían ser también de la cofradía y que –lógicamente- entre pares todo debía gratis. Para él, y quien sabe para cuántos de su generación, había cosas “lógicas” que “debían” que suceder entre pares por el solo hecho de serlo.

Un amigo de la Facultad le presentó a Hugo, una persona que sería clave en su vida. Junto a él, Nano conoció todo el circuito –pequeño por entonces- de la noche gay. Pero también solamente con él podía ponerse a hablar sobre su vida cotidiana y la sexualidad y también de política y sexualidad. Como si fuera poco, Hugo lo llevó a conocer a los referentes políticos del momento de la comunidad homosexual; Carlos Jáuregui, entre ellos.

La historia posterior de Nano se pierde en las miles de veces que fue a bailar con su amigo. Nada lo hacía más dichoso. Llegar al microcosmos cuyo epicentro era el cruce de las Avenidas Santa Fe y Pueyrredón todos los viernes, sábados y domingos era la imagen que lo acompañaba durante toda la semana: *“te puedo decir que ahora yo proyecto cosas para hacer durante la semana, la semana tiene como una vida propia. Los fines de semana inclusive son momentos en los que el descanso me hace pensar en detalle qué voy a hacer durante la semana. Será que ahora tengo más responsabilidades, aunque no creo que sea solo por eso. Pero en los 90 era al revés. En la semana no pasaba nada, la semana era como un trámite: iba a la Facultad, al laburo y nada más. Lo único que internamente me sucedía era que esperaba el fin de semana. Pensar que iba a ir a tomar algo y a bailar con mis amigos era el pensamiento central. Tan importante era el fin de semana para mí que me tomaba un taxi para llegar más rápido a Santa Fe y Pueyrredón. Llegar ahí era como sacar la cabeza del agua después de un buen rato y ponerte a respirar.”*

A esta altura de su vida, Nano no se reprochaba no ser el “genio” que supo ser el hombre de Castelar. Como un profesor, Hugo le había explicado que ese hombre hacía lo que podía y que había que comprenderlo pero que –en definitiva- era un “tapado”. Por lo tanto, continuaba Hugo, él ya debería saber que la clave para su estabilidad psicológica no era orquestar la coexistencia de los mundos polares en los que participaba, no había que manipular más las imágenes sino “asumirse”, verbo que, en boca de Hugo y de varios (no todos) de sus amigos, significaba, sino decir, dejar entender bien a las claras que era homosexual para que los demás entiendan de una buena vez que el mundo es uno solo y que tienen que acostumbrarse a compartirlo con los demás.

Nano dice que hubo un tiempo en que empezó a seguir fundamentalmente la evolución del mundo gay a través de las noticias en los diarios y en la televisión. Se había recibido en la Universidad y habla de que había comenzado un período de *"compromisos"*, haciendo referencia a que los distintos trabajos que iba consiguiendo lo alejaban *"del ambiente"*. Lo que nunca dejó de hacer es asistir a las Marchas del Orgullo.

Pero tiempo después volvió. Volvió a los mismos lugares, que encontró muy distintos. *"Con poca gente"*, dice. Comenzó entonces la época de los saunas, cuyo inicio data en el 2005 y adonde desde hace dos años no asiste más.

De ellos guarda una imagen que lo devuelve a su curiosidad por la existencia de los mundos paralelos, pero en una clave muy distinta de todas las que aplicó desde que era un niño.

Cuenta que una tarde había una pareja de chicos muy, muy jóvenes. El establecimiento tenía en el primer piso un cuarto de tamaño reducido para fumar, de manera que ahí podía verse y escucharse todo. Los chicos estaban fumando un porro. Cuando lo terminaron se miraron con los ojos vidriosos y se besaron como en una película. Uno dijo: *"¿Vamos?"*, y los dos se fueron. Nano los siguió y vio como cortejaron a otro chico igual de joven con el que se encerraron en un reservado. *"Todo hecho con tanta naturalidad"*, piensa Nano.

He ahí otro mundo paralelo, paralelo al suyo, que ya no sabe cuál es ni cómo es. Lo único que puede afirmar es que nunca estuvo con nadie de esa manera, a pesar de toda la energía puesta en armar entornos que los demás no advertían, su mundo en el que –creía– que hacía lo que le daba la gana. Una *"quimera"* –piensa hoy– porque lo que en realidad hacía armando esos entornos era *"perder el tiempo"*.

Una tarde, en el mismo sauna, vio un cartel que anunciaba descuentos importantes *"después de las 22:00 hs."* a los asistentes menores de treinta años. Nano, un hombre que pudo reflexionar mucho sobre su vida no sólo a través de su carrera universitaria sino durante varios años ininterrumpidos de psicoanálisis y que, en consecuencia, se creía *"armado"* para hacer frente a las situaciones de la vida, sufrió un desmoronamiento interno. Desde entonces pasó más de un año y medio y no volvió a pisar el sauna: *"es una tara que me quedó, súper paralizante. Y mirá que siempre traté de no engancharme con cosas negativas. Cuando eso me pasaba fue cuando empecé psicoanálisis. Estuve cinco años y me ayudó muchísimo. Pero el tema del sauna es too much. Realmente te hacen sentir que no sos la persona ideal para que andes por ahí, que lo que buscan es a los pendejos para que el lugar no entre en decadencia. Y la verdad, por más que nos duela, es que esa lógica empresaria funciona bien: fijate que la*

gente grande la encontrás sobre todo en los cines porno, que están en una decadencia total. No soy el único: un día, un pibe que conozco de los años 90 me dijo que pensaba lo mismo. Que uno mire la heterosexualidad desde afuera te la podés llegar a bancar. Ahora, que te pongan a ver el mundo gay desde afuera, siendo gay, es de cuarta.”

La “fobia”, ese sentimiento de miedo o rechazo descontrolado y desproporcionado ante ciertas cosas, tiñe desde hace algún tiempo su relación con los nuevos lugares de encuentro gay. En otra oportunidad fue a cenar con colegas a un restaurante de la Avenida Corrientes. Uno de ellos propuso ir a un lugar gay sito en el barrio de Palermo para seguir la noche tomando algo. Nano, con dudas, se entregó a la invitación. Una vez en el lugar –antes de sentarse- tuvo que disculparse ante sus colegas. Alegó que había mucha gente aunque, en realidad, sentía que se “*estaba ahogando*”, a un punto de desvanecerse o de vomitar. Ya fuera del lugar, tomó un taxi para alejarse rápido: “*al día siguiente me deshice pidiéndole disculpas a Martín. Lo llamé por teléfono. Lo que me pasó fue un coletazo de lo que te había contado de los saunas. Espero que se me pase algún día, pero lo único que puedo decirte es que me asfixio en esos lugares. Me pongo nervioso, de malhumor, ni siquiera tengo paciencia de esperar a que el barman me sirva algo para tomar. ¿A vos te parece? Me cago en el cartelito del sauna*”, remata, riéndose.

Si se le pide que nos diga si hay períodos en el tiempo de su vida, Nano responde –mezclando recuerdos personales y de la dinámica política- que entre el 85 y el 95 fue la época de “*las teteras más la visibilización más la lucha contra el SIDA. Visibilización en un sentido trascendente: “acá hay muchas personas que tienen tales problemas en la vida por culpa de la discriminación”. Eso fue lo que hizo Carlos Jáuregui*”, la segunda época la asocia a la palabra “*ambiente*” en alusión a la concentración de la vida gay en “*Santa Fe y Pueyrredón (...) a partir del año 90 ya podías andar tranquilo por ahí.*” Del 2000 hasta la actualidad, tenemos el gran momento de la “*conquista de los derechos de primera categoría. La ley de Unión Civil del 2002 fue un paso importantísimo, de todos modos, incomparable con lo que significa el matrimonio igualitario, algo que mi generación nunca imaginó*” aunque, como vimos recién, la valoración de este momento político por parte de Nano no es paralela a la valoración de su situación personal.

(INTRODUCIR GRAFICO)

4.5. Política, deseo y sobrevivencia

Entrevistar a Gustavo (nacido en Mar del Plata hace 45 años) fue enriquecedor, aunque no una tarea fácil para mí. Gustavo es un interesante personaje forjado desde hace más de 25 años a través de las distintas contiendas políticas que supusieron ser Presidente del Centro de Estudiantes de su colegio, ser miembro temprano del Movimiento al Socialismo (MAS) y una de las primeras personas que trabajó para construir puentes entre ese partido de izquierda y las primeras organizaciones gays en la década del 80.

Pienso que con semejante *background* experiencial (político) mis conjeturas (nada más y nada menos que sociológicas) varias veces deben haberle despertado sospechas. De esta forma comprobé lo cierto que es ese aserto que dice que los malentendidos son la base de la comunicación y de la comprensión entre las personas. Y –de cara a mi oficio de sociólogo- supe cuantos matices y cuantas situaciones que se producen en esa “situación social” que es la entrevista no figuran en los manuales de Metodología de la Investigación Social.

Realizamos tres entrevistas. Desde el primer momento advertí que teníamos que pactar un acuerdo tácito y entregarnos a una dinámica permanente de ajuste mutuo, un ajuste que implicaba –por parte de él- la comprensión de mis palabras que siempre tenían relación con mis preguntas sociológicas y que –en consecuencia- trataba siempre de despojarlas de valoraciones políticas, convencido de que mis valoraciones no pueden (no deben) tener importancia en el marco de una entrevista en profundidad y –por parte mía- la comprensión de la forma con la cual Gustavo hacía puntuaciones en mis preguntas y reflexiones, algo que me ponía muy nervioso.

Concretamente, Gustavo advertía en varias palabras más valoraciones que yo no hacía. Recuerdo que en una oportunidad, le dije que una de las grandes ideas a explorar en este libro era saber cómo las personas que vivieron las épocas homosexual y pre-gay se “rearmen” en la era gay, es decir, re-convierten sus distintos capitales adquiridos en otro momento para vivir en la actualidad. Gustavo, con la mirada propia de quien no se siente representado en un relato, me dijo gravemente: “*yo nunca estuve desarmado*”. Si bien le expliqué y comprendió de inmediato qué significaba para esta investigación esa metáfora, yo me reproché no haber la espontánea y situacional aptitud para hacer lo mismo con las significaciones de mi interlocutor. En efecto, fue de vuelta, en mi casa donde pude advertir que aquello que me había parecido solo un latiguillo de ego-centramiento era, en realidad, una respuesta sociológicamente esperable de una persona involucrada desde hace tanto tiempo en los

avatares políticos. Y que el ego-centramiento que, a no dudar existía en su metáfora, era una forma de reclamar un lugar dentro de ese relato colectivo que es, en definitiva, este libro.

Para Gustavo, el curso de su biografía no puede entenderse por separado: no estuvo por un lado la sexualidad, por otro la política y por otro las amistades. No existe un orden cronológico de aparición de los componentes de su mundo. El tiene la idea de que existió desde temprano algo en su personalidad que lo llevó a tener una actitud de búsqueda permanente y que ello de un modo muy acelerado hizo que todo se juntara de una forma productiva, que le gusta recordar: *“Uno no llega a ser trotskista por casualidad. Siempre tuve tendencia a ser líder. En realidad, uno llega a donde tiene que llegar. Imaginate, yo tenía 16 años en 1982. Ya era presidente del Centro de Estudiantes. Había una búsqueda ahí. A lo que tenés que sumarle enseguida otras búsquedas personales que venían del tema gay. Fijate que desde muy temprano se fusionaron en mi biografía lo personal y lo político. Cuando descubrí la política, que yo podía moverme haciendo cosas de la sexualidad en la política. Fue como haber encontrado la horma de mi zapato. Este es mi proceso. Creo que eso me hace un luchador un poco distinto a los demás. (...). Mi acercamiento a la CHA se da a través de la solicitada en Clarín. La famosa solicitada del 84. En septiembre de 1983, me definí MAS, la verdad es que me rompió la cabeza, me dije “ahí tenés que estar”. Me defino del MAS y trotskista en julio del 83, con 17 años en un acto en Plaza Mitre de Avellaneda. En septiembre fue el gran acto en el Luna Park donde corona el vaso con crema y guinda. La militancia de base es la que mezcla la arena y la cal, la que trae el agua y pinta los carteles. La militancia de base hace los cimientos. Fue todo rápido, todo vino junto.”*

Cuando Gustavo habla sobre el tránsito entre la homosexualidad y la gaycidad, sostiene que en Argentina eso aún está en proceso, que aún no culminó porque en Buenos Aires –a pesar de todo lo que pueda verse y decirse- aún los gays no hacen una “vida gay”. Esta afirmación se sostiene de las imágenes que Gustavo trajo de algunos países de Europa, donde vivió entre 1998 y 2009. En comparación con Argentina, la vida gay podía advertirse en Europa en 1996: *“Lo gay no lo viví en Argentina. Lo gay (la vida gay) la viví en Europa. No desde ahora, ya en el 96 cuando fui por primera vez, o en el 98 cuando fuimos a los Gay Games en Ámsterdam me sorprendió lo que ví en el aeropuerto. Todo embanderado, sentí que estaba ahí todo el Estado con toda normalidad. Imaginate eso en Argentina, no en el 96 o en el 98; imaginala ahora: tampoco existe algo así”.*

Pero lo más interesante de su relato es qué entiende por los “gays haciendo vida gay”: *“en Madrid hice una vida gay completa. Por “vida gay completa” entiendo que no tenés que*

esperar a que sea de noche para hacer algo. En la noche claro que se hacían cosas, pero entre la noche y lo gay no había relación de necesidad. En un barrio gay, podés ir a almorzar, tenés, una librería, tenés un bar, etcétera durante todo el día. Eso marca un contraste muy grande con Buenos Aires. Fijate que aquí “lo gay”, el disfrute, sigue siendo pensado por las noches. Es una pena. En Europa nunca me fijé quién estaba sentado en la mesa de al lado, y te aseguro que los que estaban al lado hacían lo mismo. Esa es una cuestión cultural de retraso con lo gay que todavía sigue sucediendo en Argentina. (...). De todas formas, la época más fuerte de militancia mía fue de noche. En los 80 y los 90, había una movida estratégica que unía a la noche con el movimiento político militante. Vos recorrías todos los lugares, te caminabas todo haciendo política.”

Como vemos, para Gustavo los lugares gays simbolizan, en perspectiva, un triunfo rotundo del derecho de asociación y, por ende, una de las huellas que han dejado dentro de las sociedades las luchas de las organizaciones sexo-políticas. En sus recuerdos, el famoso barrio Chueca de Madrid, es casi un ejemplo paradigmático.

El sabe que no todos piensan como él, sabe que están quienes ven en los barrios algo parecido a un gueto, resultado de un proceso de cerrazón comunitaria sobre cuyos beneficios no están convencidos. A ellos nuestro entrevistado les diría que no deben confundirse “barrio” con “gueto”.

En principio, un barrio es un “fruto”. Gustavo quiere decir: una maduración, un punto de llegada (igual al que poseen otras comunidades) y tendría que ser visto antes que nada como la proyección que un colectivo social pudo lograr sobre el espacio público, y eso – razonamiento muy propio de Gustavo- no podría entenderse sin las nuevas legitimidades para habitar y transitar las ciudades que se crearon desde los lugares de lucha política.

Un gueto, por el contrario, representa cualquier cosa menos la maduración de algo. Un gueto gay existe allí donde la gente sea obligada a transitar y a permanecer, donde su voluntad no cuente. Un gueto existe como un préstamo de una porción de territorio concedido por la sociedad mayor. Y eso es –sin ninguna duda- la antítesis del barrio gay en el que Gustavo piensa con tanta satisfacción.

Un gay que vea allí un gueto tendría que revisar su razonamiento y la mejor manera de hacerlo sería preguntándose por qué no piensa que son guetos otras concentraciones humanas que poseen las ciudades. Tal vez así descubra que entre las filas de la homofobia no están solamente los heterosexuales.

En consecuencia, Gustavo resalta que la gaycidad en Argentina aún no existe. Pero – recordemos- no solamente por la ausencia de un barrio. Existe en su cosmovisión otro importante indicador: podremos hablar de gaycidad cuando los gays de Buenos Aires no se queden esperando a la noche para ser gays, una tara que parecerían arrastrar de la época de la clandestinidad.

Sospecho que los dos indicadores nos hacen ver que estamos ante un razonamiento que es un derivado de la política de la visibilización (pensada aquí en una versión extrema) que entiende que esta es la mejor manera de que la gaycidad se incorpore desde la diferencia a la dinámica social. Sería interesante saber cuán extendida está una re-configuración de este tipo. Creo que Gustavo piensa que no demasiado, porque las distintas formas de visibilización de las que somos testigos son visibilizaciones fáciles: *“dentro de 100.000 personas es fácil ser visible”*. Esta alusión a la Marcha del Orgullo que se realiza en la Ciudad de Buenos Aires funciona dentro del esquema representacional del entrevistado como la contracara de la auténtica visibilización cotidiana que implicaría ser gay las 24 horas del día viviendo en un barrio.

Aquello que habíamos reseñado sobre la intensidad de la vida debido a la fusión acelerada de episodios personales y políticos se agudizaría en 1993, cuando Gustavo se entera que tiene el HIV. Hoy, él dice que en aquel momento el nuevo episodio hizo que la intensidad se redoblara: *“en el año 86 se hizo un testeo general de HIV en la CHA, yo ya era parte del grupo. Me entero que tengo el HIV en 1993. Se me juntaron entonces muchas cosas intensas: lo político, la reflexión, la creación, todo redoblado a partir de 1993. No sé explicarte cómo, pero a partir de que me enteré del HIV, tuve pulsiones de vida desde un primer momento. Además, creo que por una mezcla de mi personalidad con el momento político que estaba viviendo, jamás teniendo el HIV me ví a mí mismo a través del concepto de “pensionista”. Siempre fui muy autoexigente, aún en los peores momentos. Nunca me ví como pensionista ni como enfermo.”*

Son interesantes los fragmentos de las entrevistas en los que Gustavo refiere a cómo la presencia del HIV impactó en la forma de su sociabilidad, a partir de entonces cercana a la lógica de la fratría o de las sociedades íntimas que desarrollamos en el capítulo 3. La circunstancia de tener que hacer frente al virus (en 1993) supuso la capitalización de sus experiencias previas y aparece en este fragmento condensada en una metáfora sugestiva: el HIV fomentó la creación de *“un espacio de creación parecido a la niñez o a un jardín de infantes”* en el que estaban permitidas formas de experimentación para pasarla bien a pesar de todo: *“Creo que el hecho de estar tan cercado por la muerte de mis mejores amigos hizo que agudizara mis capacidades; todo eso significó para mí –y para muchos de aquella época- un*

espacio de creación medio parecido a la niñez o a un jardín de infantes. Si lo veo desde ahora, eso significaba amarrarnos a cualquier estímulo de vida. A pesar de todo en esa época no faltaron la risa, ni la amistad, ni el sexo, ni la militancia, ni la creación, ni la diversión. Es una manera de decir que, a pesar de todo, queríamos más de todo.”

Gustavo no es un nostálgico de la forma de sociabilidad homosexual. Cuando se lo escucha, a pesar de que nunca alza la voz, hace reclamos muy serios para que las cosas dejen de confundirse. Presentemos dos ejemplos.

Respecto de quienes siguen añorando el ligue callejero, cree que han caído en una idealización peligrosa o —estaría mejor decir— ingrata, porque entiende que no pueden hacer una lectura del tiempo y esta lectura no puede sino tener una apreciación del estado de cosas creado (cambiado) por la acción política: *“El tema de las teteras es todo un tema. Es cierto que —por un lado— fueron espacios de socialización y de placer (esto último es lo más importante). Pero también existe una cosa paralela de que las teteras eran como muy democráticas. Yo no voy a decir que eso sea falso, pero cuidado, había gente que idealizaba las teteras, tanto como idealizaban a los chongos, y se pasaron la vida pagándole a los chongos. No, cuidado: hay gente que se quedó enganchada con las teteras por cuestiones de índole personal, por rollos personales, y no se animaron a otros lugares y a otros vínculos que había abierto la militancia política.”*

Respecto de quienes afirman que en la era de la gaycidad hay una relación entre la posición económica de los gays y las distintas formas en que hoy se vive la gaycidad, Gustavo invita de inmediato a separar los tantos: lo gay es una cosa, la posición económica otra; y no hay relación lógica de necesidad entre lo que ocurre en uno y otro plano. Fue muy matemático al sostener: *“Si me preguntás si el dinero ayuda a ser gay, mi respuesta es no. No ayuda, a lo sumo adorna. Es como si me preguntaras si niño puede ser solamente quien tenga una playstation y, en cambio, no lo pueda ser quien tiene una pelota. No, no: el dinero te limita si vos pensás que el dinero puede ser una limitación. El dinero lo que hace es adornar. Un nivel de consumo altísimo te permite inclusive confundirte, como si lo gay no sea lo más importante en tu vida.”*

Alerta y optimista, una de las últimas reflexiones de Gustavo estuvo destinada a los jóvenes gays: *“Ahora hay otros vínculos. Los jóvenes tienen otros horizontes, están muy alertas, muy informados. Ellos son los que más ganaron mirando hacia el futuro.”*

Gustavo señala cinco etapas en su biografía: la primera (de 1980 a 1982) la llamó “pre-pre-saber”, la segunda (1983-1990) “saber, entender, activar”, la tercera (1991-1998) “activar, última etapa nacional”, la cuarta (1998-2009) la “etapa europea: gay total y sin barreras” y la quinta (2010), la etapa del “retorno”.

Estas etapas, Gustavo las pone en relación con lo que ocurría a nivel macro-social de la siguiente forma: 1980-1982: *“represión y caída de la dictadura. Teteras, criusing, Avenida Santa Fe”*. 1983-1990: *“estallido de libertad, ilusión democrática. Estigmatización de los gays hacia lo diferente lesbianas y sobre todo travestis. Peleas política por los DDHH y la traición alfonsinista con la Semana Santa y la “Obediencia Debida”. Boliches, saunas, espacios gays y lésbicos de diversión. Todo esto enmarcado en la vigencia de las razzias y los edictos policiales. CHA”*. 1991-1998: *“desarrollo impresionante de la figura de Carlos Jáuregui. Menemismo, conformismo del activismo. Muerte de Carlos. Dispersión del activismo y desmembramiento de los grupos. Destrucción económica de muchos espacios LGBT comerciales que con el menemismo no funcionaron.”* 1998-2009: *“etapa europea, plenos derechos. España. Absorber toda la libertad posible”*. 2010: *“volver a las fuentes. Recuperar la ilusión militante, los viejos amigos, las nuevas luchas. Fenómeno de la política Trans en todo esto. Fenómeno más dinámico. Las organizaciones son distintas, pesa mucho los subsidios y las cuestiones de poder. Matrimonio Igualitario, desarrollo de la figura de Maria Rachid. Kirchnerismo.”*

Al final de la segunda entrevista que hicimos –cuando parecía que habíamos terminado- Gustavo hizo una especie de resumen de su vida. Me dijo: *“política, deseo y supervivencia”... ¿podés ponerlo como título?*”. Una semana después, hicimos una entrevista más (la última) y él ya sabía cómo iba a llamarse esta parte del capítulo.

(INTRODUCIR GRAFICO)

4.6. La presidenta es quien dispone

Gabriel tiene 43 años. Vive en el oeste del Conurbano Bonaerense junto a sus padres. No obstante, durante algunos años vivió junto a una de sus parejas y en la actualidad se queda en el departamento de su nuevo compañero varios días en la semana. Gabriel tiene unos ojos celestes que siempre despiertan admiración. Cuando mira fotos de los años 90 (las hemos visto juntos) recuerda la linda combinación que hacían cuando tenía el pelo muy largo, de

color castaño. Esa combinación resplandecía en Mar del Plata, uno de sus lugares preferidos. De todas maneras, sin cabello largo resplandecía igual, como en otra foto en la que con el pelo corto lucía un enterito de *jean* blanco.

Existe algo en su aura que despierta confianza; la confianza que alienta el palpito de que se está ante una persona muy comprensiva y que sabe escuchar. Tal vez, el oficio de peluquero, en el que se desempeñó durante gran parte de su trayectoria laboral, y el sueño que tiene ahora de conseguir un trabajo nuevo (“*me gustaría que sea algo de atención al público*”) tengan relación con esta genuina dedicación con la que sabe darse a los demás.

Es difícil sustraerse a su sereno magnetismo: muchos clientes que conocía en la peluquería no probaban a cortarse con otra persona, es más, algunos no iban más allí y le pedían que vaya a su domicilio. También, más de veinte años después de haber finalizado el servicio militar, los compañeros siguen contactándose con él y, si de compañeros hablamos, hay que decir que Gabriel era una especie de imán que vertebraba parte importante de las relaciones internas de los varones de la peluquería.

Siempre pienso que hubiera sido el co-autor ideal de este libro. ¿Quién puede haber escuchado más relatos de vida sobre homosexualidad y gaycidad (y sobre heterosexualidad) que él? La mezcla de su actitud personal más el montaje escenográfico de las peluquerías – sociológicamente tan sugerente- respaldan definitivamente mi conclusión.

Lo imagino a Gabriel y a un cliente reflejados en un espejo.

El espejo: ese espacio de encuentro de las miradas que preanuncian, acompañan o siguen a las palabras que se van engendrando en ese juego fabuloso de revelaciones crecientes tan propio de las peluquerías, de esas que uno no se atreve a hacer con un médico.

En particular, lo imagino a Gabriel -el cálido dueño de la situación- sabiendo sacar su mirada del espejo y volverla hacia la cabeza del cliente cuando por motivos del todo diversos, las miradas ya no se soportan juntas en ese espacio peligrosamente literal, cuando necesitan tomarse un descanso la una de la otra para continuar con la revelación.

El sabe lo que significa mirar, sabe que cinco segundos de su mirada sostenida equivalen a miles de imágenes encendidas en todo el cuerpo de su *partenaire*, quien –como él- no eligió las cosas que sucedieron en el pasado. Por eso Gabriel sabe que es necesario dar una tregua. Él también ha sufrido esas abismales distorsiones numéricas entre las miradas de los otros y las imágenes personales. En consecuencia, no se adelanta a su interlocutor, lo acompaña, ni más

ni menos. Si algún lector me preguntara qué es Gaby, respondería sin dudar: “un igual y un sabio, *alla* Goffman: Gabriel es completo.”

Creo que el tema de la mirada es central para comprender su relato de vida, que posee series interesantes de oposiciones argumentativas. Pero no de la mirada entre “pares” como vimos en el apartado anterior, sino de la mirada heterosexista.

Sigo viendo la dinámica de su trabajo en los términos de una ventana abierta al mundo, de allí que considere crucial esta entrevista porque su protagonista, al ser –tal vez- quien más escucha, es quien puede disponer de un termómetro para medir la homofobia a lo largo de los últimos veinte años.

Veremos a continuación cómo en su relato está permanentemente presente la capacidad de los homosexuales y de los gays de “*provocar reacciones*” adversas en los heterosexuales, circunstancia que para él tiene un efecto moldeador y modelador (porque el relato no está exento de admoniciones normativas) de sus interacciones en los ámbitos públicos.

Me pregunto entonces si es que hoy Gabriel sigue escuchando de boca de algunos de sus clientes relatos demonizadores de la homosexualidad que lo llevan a regular una relación con el entorno que –entonces- es tensa por definición; o si son las remanencias de sus experiencias pasadas las que le siguen haciendo ver un entorno tenso al que no se debe provocar, esto es, las que le hacen ver el pasado en el presente.

No obstante, pienso que debe existir una mezcla de ambas cosas: las dinámicas de la estigmatización –pensaba Goffman- llevan a que con frecuencia los estigmatizados no sean dueños de sus recuerdos ni capaces de olvidar: una sola palabra del “normal” puede retrotraer todo a foja cero por unos cuantos días.

No corresponde que me extienda aquí sobre el sadismo de los normales, pero quisiera dejar un ejemplo: piénsese en las cosas que pudo sentir un vendedor de diarios homosexual cuando un normal que –unilateralmente- siempre sacaba como tema de conversación la homosexualidad, sabiendo que Rodolfo lo era, deslizó: “*no, no: a los gays hay que dejarlos tranquilos... hay que dejarlos que hagan la suya. Ahora sí, flaco, si alguno se mete con un pibe mío le vuelo la cabeza de un tiro.*” Ese día Rodolfo (cercano a los 75 años) volvió a sentir que tenía 18 y que tenía que resucitar los saberes de regulación ambiental. Quien sabe cada cuanto Gabriel tendrá que hacer frente a clientes de este tipo.

Comparado con los demás, el relato de Gabriel es el que tiene menos precisiones temporales, el que menos brinda detalles cronológicos “concretos” sobre la transformación del estatus social de la homosexualidad. Sin embargo, es el relato de una persona que entiende claramente de qué forma apropiarse de la gaycidad. Veremos dentro de un momento en qué sentido.

En principio, Gabriel pone de relieve los cambios en la forma de sociabilidad en los espacios homosexuales y gays tomando como punto de partida sus experiencias personales en los años 90, cuando supo ser un gozoso frecuentador de los boliches, donde bailaba hasta la madrugada: *“Los cambios que surgieron tienen que ver con la gente, con la estética de la gente. La gente de los 90, cuando fueron un boom los lugares gays, los boliches, ni tienen nada que ver con lo que pasa ahora. Antes no te digo que era precario, pero era medio precario la estética donde se hacían los shows, ahora la estética es algo más cuidado, hasta por la tecnología misma. (...). Después veo el cambio de la estética en el personaje, en las personas. Van mucho más al gimnasio, compran productos estéticos, se cuidan mucho del paso del tiempo en el cuerpo. Y esa es una gran diferencia. La diferencia es esa, que el gay de antes era más común, iba con el paso del tiempo. Y ahora el gay no va con el paso del tiempo. Es más esa gente que no reconoce el paso del tiempo es la que va a lugares electrónicos, así... avanzados. Y por ahí esos lugares no tienen nada que ver con ellos. La música electrónica no te digo que esté para la juventud, pero una cosa es que vos vayas con tu grupo, con gente de tu edad, y otra cosa es que la gente de nuestra edad se ponga a bailar a los saltos como los pendejos, que se vuelva loca. Básicamente el gay quiere ir con la Modernidad, y si los pendejos de hoy se drogan, los viejos de ahora se drogan.”* Vemos aquí cómo dentro del sistema argumentativo de Gabriel aparecen los primeros pares oposicionales: “gays de antes” (hoy “viejos”) con “gays de ahora” (“pendejos”), “modernidad” de los jóvenes *versus* “lo que corresponde a la gente de nuestra edad”. Notemos como a cada edad le corresponden horizontes de lo posible determinados, quehaceres específicos, lugares acordes.

Sin dudas que parte de esta (di)visión del mundo que hace Gabriel está muy alimentada por la pauta de sociabilidad “distintiva” (en el sentido de Bourdieu, 1988) propia de una categoría social, que se contrapone a la pauta de sociabilidad “ecuménica” propia de una colectividad social, a la cual él perteneció. Gabriel no puede ser más claro: *“Las fiestas plop son un lugar, que puede variar, donde se hacen fiestas y concurre gente gay muy joven. La verdad es que esa gente se ha convertido en una sociedad élítica porque a veces a vos no te permiten ingresar como gay de los 90. No es que no te dejen entrar, pero te hacen a un lado. Es como que constantemente te producen incomodidad porque ante el menor gesto o acercamiento te*

hacen saber el rechazo de esos mismos. No te dan bola, te hacen sentir que sos demasiado grande para ellos y es como que no, no les interesa. En los 90 no existían esas sociedades elíticas, cuando ibas a un lugar a bailar no había problemas. Lo que se tenía en cuenta era donde pasaban buena música, donde había mejor onda, pero no existían esas sociedades elíticas, se te permitía entrar y sin problemas. A vos te podían gustar los osos o no, pero podías ir a una fiesta de osos igual. En definitiva, era uno el que se hacía una especie de auto-restricción. Antes si había un boliche donde iba gente que está a la moda, uno no iba porque no quería estar a la moda, no porque se lo marginara o no se lo permitieran.” Sumemos nuevas unidades de oposiciones argumentativas: “sociedades elíticas” versus “sociedades abiertas”; “marginación” y “prohibición” versus “elección”. Notemos, además, que el único requisito para asistir a un boliche era si pasaban “buena música” y si “había onda” y cómo contrapone la “auto-restricción”, entendida como una decisión propia a tomar si no le gustaba un lugar, a “marginación”, “incomodidad” y “rechazo”. (“ante el menor gesto”) entendidos como los precipitantes de un repliegue forzado e involuntario.

“Ante el menor gesto”, he aquí un síntoma y un misterio.

En efecto, luego de escuchar varias veces la entrevista, he advertido que la decisión de la “auto-restricción” presenta otra cara en otros tramos del relato y que el “repliegue forzado” representa otras situaciones que exceden a las fiestas *plop*.

Ambos nudos imaginarios son centrales en la cosmovisión de Gabriel, porque —es mi hipótesis— son herederos (remanentes) de las formas prototípicas de reducción de la tensión ambiental características de la gestión de la vida cotidiana en medio del período homosexual. Dice Gabriel: “Hoy ves pibes en la calle que andan de la mano o se besan. A mí no me choca. Yo soy gay. Pero en mi caso no lo creo necesario. Al venir de épocas diferentes, veo que no es necesario hacer este tipo de cosas. Tampoco para los pibes. Porque si vos ves en la calle que se dan un beso, vos ves que provocan una reacción. Si la reacción es buena bárbaro, porque está bien eso de que le gente tenga la cabeza abierta como en Europa, en Holanda. Pero si la reacción es mala puede llegar incluso a violentar. Qué se yo... una persona que no tiene idea de lo que está viendo puede agredir con palabras, puede agredir físicamente. Uno ya sabe qué tipo de de relación tiene y no hace falta públicamente manifestarla, me parece. No es necesario pasar por eso. No digo mantenerla en secreto, no. Pero, sí con llevar un cierto recato no vendría nada mal, pero más que nada por no provocar una reacción violenta. Igual yo veo que hacemos cosas para que la sociedad nos vea de otra manera, pero yo creo que van a pasar años años y eso no va a pasar. Yo te hablo de cosas que veo. Los chicos que se besan, se besan en la zona

aledaña a Santa Fe y Callao, donde la gente está un poco más acostumbrada. No sé que pasará en Aldo Bonzi, no sé que pasará en Laferrere. No sé qué pasará en el barrio. Hoy tenemos 50, 40, y la gente del barrio siempre te sigue hablando por detrás, siempre.” Podríamos visualizar en este fragmento que, en realidad, la auto-restricción es (“debería” ser) una decisión lógica tendiente a evitar los “repliegues forzados” (lo “no-necesario”) que –como vemos- podrían tener como escenario Santa Fe y Callao, Aldo Bonzi, Laferrere y –de suma importancia- el barrio que, sin dudas, ha funcionado como una fuente de tempranos sinsabores teñidos de violencia que quedó adherido a la psiquis de Gabriel –¿y de cuántos más?- como los moluscos a las piedras.

Esta misma lógica argumentativa (evitar lo que “no es necesario” para evitar la “reacción” del entorno) se repite cuando valora firmemente la existencia de playas gays, a las que acude con alegría siempre que puede: *“Me parece bárbaro que haya playas gays. Tiene que ver con lo que te decía recién: no es que uno tenga que ubicarse, pero sí tiene que tener un espacio para poder manifestarse. Me parece que para eso están las playas naturistas, donde siempre se sabe que hay dos sectores: la heterocidad y el gaycismo. Es vox populi, se sabe internacionalmente. Me parece bárbaro que uno ahí pueda expresarse, manifestarse, inclusive si está con una pareja que pueda besarse. La playa común no me sirve para andar de la mano con Rafael. Siempre te hablo de mí. Yo no me lo permito porque yo no quiero provocar una reacción. No la creo necesaria. Yo puedo estar, caminar al lado de alguien y reír... pero no creo en la necesidad de estar acostados en la playa y acariciándole los pechitos y pedirle que me pase crema en la espalda para que después la gente que está alrededor diga: “uy, mirá estos dos”.* Podríamos proponer que estos lugares propios de la sociedad gay le sirven a Gabriel y, además, lo reconfortan, porque representan un descanso, un cese total de actividad regulativa de la tensión ambiental, que él nunca deja de percibir.

La extrema coherencia de este relato encuentra un indicador más que sistemático cuando Gabriel se refiere a las características del proceso que posibilitó la sanción de la ley del matrimonio igualitario: *“El tema del matrimonio es una cosa que en este país evolucionó. Lo que me parece es que evolucionó muy rápido. La presidenta dispuso pero la sociedad pero la sociedad no lo acepta. Yo creo que hubiera sido bueno que las dos cosas hubieran ido de la mano: que la presidenta dispusiera y que la sociedad aceptara las cosas. Yo quería las dos cosas de acuerdo. Todo tiene relación con lo que te digo desde el principio: es todo un tema la reacción que el gay provoca en la sociedad argentina. Pero igual está bueno de que esto esté ya. Pero, bueno, esto lo dispuso la presidenta de la Nación. Hubiera estado bueno que la*

presidenta lo dispusiera avalada por la sociedad argentina, que la sociedad argentina esté de acuerdo, porque si no está de acuerdo estamos siempre en lo mismo.”

Cuando comenzamos a hablar sobre los períodos que puede identificar en su biografía desde que comenzó a ser homosexual, presentó tres períodos. El primero se extiende desde 1990 al 2000 y fue denominado como de *“descubrimiento del ambiente”*. Mientras estábamos haciendo el dibujo, Gabriel aclaró que, en realidad, ese período debería dividirse en dos. Con todo, enseguida, hizo una aclaración que corregía el agregado anterior: ese período no se dividía en dos sino que implicaba dos clases de actividades paralelas, fue la época de *“descubrimiento del ambiente”* y de *“ser cauto”*. Desde el 2001 hasta la actualidad, en que Gabriel está en pareja con un médico sensible y muy laborante, se extiende el segundo período que llama la *“era de la mediana aceptación”*.

BIBLIOGRAFIA

BABBIE, Earl (2000): *Fundamentos de la investigación social*, México, Thomson.

BERTAUX, Daniel (1980): "L'approche biographique: Sa validité méthodologique, ses potentialités", en Revista *Cahiers Internationaux de Sociologie*, Vol. LXIX, París, pp. 197–225.

BOURDIEU, Pierre (1988): *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*, Madrid, Taurus.

— (1997): *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, Barcelona, Anagrama.

— (2000): "Comprender" en: BOURDIEU, Pierre (director): *La miseria del mundo*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, pp. 527-543.

— (2007): *El sentido práctico*, Buenos Aires, Siglo XXI.

CICOUREL, Aaron (1974): "La adquisición de la estructura social. Hacia una sociología evolutiva del lenguaje y el significado" (traducción de Daniela López) en *Cognitive Sociology. Language and Meaning in Social Interaction*, New York, Free Press.

CONDE, Idalina (1993): "Falar da Vida (I)" en Revista *Sociologia, Problemas e Práticas*, nº 14
<http://sociologiapp.iscte.pt/fichaartigo.jsp?pkid=265>

DUBAR, Claude y Didier DEMAZIÈRE (1997): *Analyser les entretiens biographiques. L'exemple des récits d'insertion*, París, L'Hamarttan,.

GARFINKEL, Harold (2006): *Estudios en etnometodología*, Barcelona, Anthropos.

GIDDENS, Anthony (1997): *Modernidad e identidad del yo*, Barcelona, Península.

GOFFMAN, Erving: *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Buenos Aires, Amorrortu, 1971.

— (2006): *Frame Analysis. Los marcos de la experiencia*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 2006.

HANKISS, Agnes: "Ontologías del yo: recomposición mitológica de la propia historia de vida" en Marinas, José y Santamarina, Cristina (Editores): *La historia oral. Métodos y experiencias*, Madrid, Debate, 1993.

JODELET, Denise: "La representación social: fenómenos, concepto y teoría" en MOSCOVICI, Serge: *Psicología social II*, Barcelona: Paidós, 1986.

KORNBLIT, Ana Lía (Coordinadora) (2004): *Metodologías cualitativas en Ciencias Sociales. Modelos y procedimientos de análisis*, Buenos Aires, Biblos.

LATOURE, Bruno (2005): *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*, Buenos Aires, Manantial.

MARINAS, José y SANTAMARINA, Cristina (Editores) (1993): *La historia oral. Métodos y experiencias*, Madrid, Debate.

MECCIA, Ernesto (2009): “Los últimos homosexuales” en Revista *Caras y Caretas*, nº 2230, Buenos Aires, pp. 24-25.

— (2010): “Los peregrinos a la ley. Una tipología sobre discursos de expertos, jueces y legisladores en torno a las demandas LGTB y al matrimonio igualitario” en Clérico, Laura y Martín Aldao: *Matrimonio igualitario. Perspectivas sociales, políticas y jurídicas*, Buenos Aires, EUDEBA, pp. 63-84.

— (2011 a): “De las catacumbas al agora”, entrevista a Ernesto Meccia por Manuel Alejandro Rodríguez Rondón para el Centro Latinoamericano en Sexualidad y Derechos humanos (CLAM), <http://www.clam.org.br/publique/cgi/cgilua.exe/sys/start.htm?inford=9063&sid=51>
Fecha de consulta 18/03/12.

— (2011 b): “Los últimos homosexuales. Sociología de la homosexualidad y la gaycidad”, Buenos Aires, Gran Aldea Editores.

POLLAK, Michael (1987): “La homosexualidad masculina o: ¿la felicidad en el ghetto?” en Aries, Phillipe, Bejin, Andre, Foucault, Michel y otros: *Sexualidades occidentales*, Buenos Aires, Paidós, pp. 71-102.

POLLNER, Melvin (2000): “El razonamiento mundano” en GOFFMAN, Erving, SACKS, Harvey, CICOUREL, Aaron y POLLNER, Melvin: *Sociologías de la situación*, Madrid, La Piqueta.

SAUTU, Ruth (2004): *El método biográfico. La reconstrucción de la sociedad a partir del testimonio de los actores*, Buenos Aires, Lumiere.

SCHUTZ, Alfred (1974): *El problema de la realidad social*, Buenos Aires, Amorrortu.

WINCH, Peter (1971): *Ciencia Social y Filosofía*, Buenos Aires, Amorrortu.

